

**LECCIÓN DE EPISTEMOLOGÍA  
PARA UN ANTROPÓLOGO NEÓFITO**

**Francisco Sánchez Pérez**

**(2010)**

## I

Qué habrá sido de él, me preguntaba mientras sustituía el rótulo de la puerta, <<Joaquín Samper. Profesor Asociado>>, por otro con mi nombre, <<Alejandro Baer. Profesor Asociado>>, orgulloso de verme identificado con un rango académico y disponer de un despacho en el que ponerme a trabajar sobre mi tesis doctoral. Tesis huérfana, eso sí, pues quien figuraba oficialmente como director, precisamente el profesor Joaquín Samper, había desaparecido sin avisar, dejando al departamento con la urgente necesidad de cubrir su docencia y a mí metido en un limbo administrativo de complicada salida.

Todo había empezado dos meses antes, al final del curso anterior, con la incomparecencia del profesor Samper en el acto de presentación del proyecto de tesis. Tras un rato de espera, el tribunal decidió proceder sin él, dejándome sin el respaldo que en tales ocasiones supone la presencia del director. Una mala pasada para el doctorando que se ve en semejante situación, pues los miembros de la comisión pueden aprovechar para resarcirse de posibles agravios personales con el director ausente, o compensar las otras ocasiones en que se hayan sentido influidos por la presencia del colega director para emitir un veredicto más favorable que el que tenían pensado. Algo de eso ocurrió aquel día, aunque hubo de pasar tiempo antes de saber yo cuál de esas posibilidades jugó en mi caso.

Terminada mi presentación, los cuatro miembros del tribunal (presidido por el director del departamento, el catedrático Roberto Alborán, y tres titulares, el profesor San Segundo, la profesora Sanromán y la profesora Asensi), coincidieron en reseñar la calidad de mi exposición y la composición formal del trabajo para, acto seguido, emplearse Alborán y San Segundo en refutar los fundamentos del proyecto, con el argumento de que no se atenía a los principios de la disciplina. Yo rebatí sus críticas, tratando de justificar mi

propuesta como mejor supe, sin conseguir mover un ápice sus posturas. Más bien al contrario, pues a medida que insistía yo en mis explicaciones, el talante de los dos se fue crispando, hasta que llegó un momento en que el director, con gesto condescendiente, zanjó el asunto con un: “Le aconsejo, señor Baer, que no siga empeñado en demostrar que su proyecto de tesis se atiene a los principios de la Antropología, pues acabará por convencernos de que somos nosotros quienes no lo hacemos, en cuyo caso nos veríamos incapacitados para evaluar su trabajo.”

Indignado como estaba con la espantada de mi director y dándolo ya todo por perdido, no pude evitar responder, con un tono más acusatorio que defensivo, que los fundamentos de mi trabajo obedecían a las orientaciones dadas por mi director. “Por tanto, argumenté, la responsabilidad sobre la adecuación disciplinar del proyecto no recae en mí, sino en el responsable docente que lo ha tutelado y, por extensión, en el propio departamento, que acepta a un profesor que, por lo visto, no acata los fundamentos de la Antropología.”

- Que yo sepa –intervino el profesor San Segundo, visiblemente picado por mi insolente réplica- nadie le ha obligado a usted a elegir a este profesor como director de tesis ni tampoco a cursar su programa de doctorado, que por cierto es el mismo que viene impartiendo desde hace más de veinte años, tiempo durante el cual no se ha dignado a publicar ni un solo artículo.

- Bien, bien –zanjó el director- No creo que valga la pena perder más tiempo con este asunto, así que propongo que demos por terminada la sesión y procedamos a deliberar. Le ruego –dijo dirigiéndose a mí- que salga del seminario.

La cosa pintaba más que fea y a esas alturas del proceso yo tenía asumida la reprobación de mi trabajo. Algo que, sin embargo, no debía tener tan claro el tribunal, a tenor de la inusual tardanza en decidir la calificación. Según supe después, sus miembros estuvieron deliberando sobre el siguiente dilema: si me concedían una alta calificación acorde con la calidad formal del trabajo y con mi exposición, como proponían las profesoras Sanromán y Asensi, se haría justicia conmigo, pero, según el director y San

Segundo, supondría validar un modo de entender la disciplina discordante con sus principios ortodoxos; mientras que una baja calificación respondería a la inadecuación de mi proyecto con dichos principios, pero sería injusta con quien había cumplido con su obligación y desacreditaría uno de los mejores expedientes académicos del programa de doctorado. Tras un interminable rato de deliberación, el tribunal optó por concederme un salomónico Notable.

En cuanto al profesor Samper, estando a las puertas de las vacaciones estivales, nadie puso mayor empeño en indagar sobre el asunto. Quien más quien menos consideró que habría adelantado su habitual mutis por el foro de cada final de curso, pues nada más firmar las actas de junio se perdía hasta septiembre. Que se iba de trabajo de campo a Mali, como él afirmaba, podía tener visos de veracidad, ya que fue allí donde unos treinta años atrás realizó el trabajo de campo para la elaboración de la tesis sobre los dogón, que presentó en París, donde había cursado el doctorado. Pero era una posibilidad que quedaba difuminada en una nube de escepticismo, en razón de la total ausencia de publicaciones que tan extenso trabajo de campo debería haber generado en su vacío haber curricular. De modo que, con el profesor Samper desaparecido y el curso a punto de comenzar a la vuelta del verano, el departamento convocó una nueva plaza de profesor asociado para cubrir la ausencia; plaza que yo gané, gracias a mi buen expediente y, por lo que luego un compañero me dijo, al apoyo decisivo del director Alborán.

Cuando, tras colocar en la puerta el rótulo con mi nombre, entré en el despacho, entendí de golpe que se lo hubieran adjudicado a un mindundi como yo, con la condición de que me encargara de desalojarlo. Allí solo estaban visibles las paredes, pues las estanterías y la mesa yacían bajo montones de papeles, carpetas y libros cubiertos por una pátina de polvo. Me puse manos a la obra y una agotadora semana después había vaciado las estanterías, metido los libros en cajas y llevado éstas al almacén de la biblioteca. Quedaba un archivo metálico que estaba cerrado y dejé para el final, a ver si aparecía la llave por algún sitio; pero acuciado por la urgente preparación de las clases lo fui dejando de un día para otro, luego de una semana para la siguiente, hasta que acabé olvidándome de él.

“¡En qué maldita hora se me ocurrió elegir a este tío como director de tesis!”, me lamenté una vez hube terminado de colocar mis cosas, al tiempo que se me hacía presente el momento en que me inscribí en su curso, el de menos demanda y duración de todo el programa de doctorado, aunque he de reconocer que el título me picó la curiosidad, <<Paradojas de la Antropología o la imposibilidad de una disciplina de conocimiento>>. A punto estuve de abandonar el curso cuando en la segunda sesión me vi solo en el aula con él. Las dos compañeras del primer día, dedicado a la presentación del programa, me dijeron después que no estaban dispuestas a perder el tiempo elucubrando sobre supuestas paradojas, para llegar a la conclusión de que la carrera que habían elegido resultaba ser poco menos que una quimera. Yo decidí continuar, en parte porque me había enganchado el título, en parte por la melancolía que me producía la imagen de un profesor solo en un aula, abandonado por sus alumnos.

“Sé tú mismo, a condición de que lo seas como yo te pienso”, escribió Joaquín en la pizarra al comienzo de su primera clase. Bajó de la tarima, se sentó frente a mí y prosiguió.

- Ahí tienes, Alejandro, una frase que expresa muy bien la condición paradójica de la Antropología. Una disciplina que se fundamenta sobre la relación entre un sujeto de conocimiento, el Yo antropológico, y su objeto de estudio, el Otro por conocer, que resulta imposible de cumplir, toda vez que la condición de posibilidad de uno depende de la condición de imposibilidad del otro: si el Yo se hace real, el Otro se desnaturaliza; y viceversa, cuando el Otro se vuelve real, el Yo se desvirtúa y deviene una mera abstracción, una entequeia incapaz de producir el conocimiento que pretende.

- Pues yo veo un sujeto antropológico integrado por sujetos reales, como usted o yo, por ejemplo.

- Sujetos, tú y yo, cuya identidad de antropólogos depende de que nos mantengamos “su-je-ta-dos” – arañó el aire con los dedos- a las reglas de la disciplina. Lo que no deja de ser otra paradoja, pues presupone que la Antropología está constituida por un colectivo de subjetividades que deciden someterse a una serie de protocolos teóricos y metodológicos con el

propósito de objetivarse, es decir, de negarse a sí mismas. La cuestión es que, una vez alcanzado tal propósito, una vez perdida la condición de sujetos ¿quién dice entonces del objeto de estudio?

- La Antropología.

- La Antropología no habla, hablan los antropólogos, es decir sujetos históricos y culturales formados, informados, reformados, conformados y deformados por ella. Sujetos disciplinados.

- Sujetos reales, en todo caso.

- Lo son, a condición de que su objeto de conocimiento, el Otro, renuncie a su condición real, como expresa la paradoja de la pizarra. Pues si no lo hace, si ese objeto se niega a participar en el juego antropológico, unilateralmente concebido por un Yo que se arroga el derecho de designarlo y definirlo como un ente susceptible de ser estudiado antropológicamente, si el objeto se indisciplina y se resiste a acatar las reglas establecidas por ese Yo, si se niega a interpretar el papel de objeto que, sin preguntarle y en un acto de prepotencia, le atribuyó el Yo fundador de la disciplina, o sea, si reivindica su condición de sujeto real, entonces es el Yo antropológico el que se ve despojado de la autoadjudicada capacidad de producir verdad sobre el Otro real, para convertirse en un sujeto que, como cualquier otro, crea su propia verdad y su propia forma de validarla.

- Es cierto que la Antropología no contó en un principio con el Otro a la hora de constituirse en disciplina y, desde un punto de vista canónico, sigue sin hacerlo. Pero ¿podría resolverse la paradoja preguntándole si acepta las reglas del juego?

- Quién pregunta.

- La Antropología. O bueno –corregí- los antropólogos.

- En el momento en que los antropólogos formulan una pregunta ya están condicionando de algún modo la respuesta. Será una respuesta necesariamente disciplinada, “antropologizada” –volvió a rasgar el aire-. Alejandro, las respuestas obedecen en última instancia al orden cultural que

formula las preguntas, no al orden cultural que las responde. Y quien plantea las preguntas en este caso es el orden de los antropólogos.

- Antropólogos que someten esas preguntas a protocolos de validación.

- Que esos antropólogos validen sus conocimientos en base a unos protocolos que ellos mismos han constituido según sus aprioris culturales, puede suponer un fundamento de legalidad académica, sancionado en última instancia por el Boletín Oficial del Estado, pero no necesariamente un principio ontológico o epistemológico de verdad. Y para que veas hasta qué punto esto es así, trata de sustraer de cada afirmación, de cada propuesta, cada escrito antropológico, el respaldo sancionador que supone el Boletín Oficial del Estado para sustentar su validez. Queda un irreducible: "Pues muy bien, tú piensas eso y yo pienso esto"

- Para algo está la metodología ¿no?

- ¿Quién establece los protocolos y sanciona la capacidad de validación de esa metodología, Alejandro?

- O sea, que es lo mismo lo que del Otro dice un profesor asociado o un catedrático.

- El sujeto de conocimiento en el que estaba pensando no es un sujeto individual, cualquiera que sea su rango administrativo, sino un sujeto colectivo institucionalizado, la antropología académica. Y con el BOE, me refiero al poder tácito o explícito que sanciona el hecho de que, en última instancia, la explicación del Yo antropológico sobre el Otro tenga mayor validez que la que ese Otro tiene sobre sí mismo. Pero si lo quieres ver en términos de individuos, vale el mismo esquema. Por supuesto que entre un catedrático y un ayudante hay diferencias, en cuanto que al primero se le supone, aunque no siempre se cumple, mayor acumulación de conocimiento y experiencia en la materia, complejidad del discurso, riqueza retórica y léxica, posición de poder político y administrativo, destreza en el manejo de claves y protocolos académicos, y sobre todo, demostrado sometimiento a la disciplina y acatamiento de sus reglas, como sumisamente ha tenido que

demostrar en sucesivos concursos; pero llegados ambos al irreducible “eso es como tú lo ves, yo lo veo de otro modo”, el catedrático tendrá que echar mano del respaldo legitimador del BOE, en tanto que instancia sancionadora del orden cultural que sustenta su estatus, para dotar de mayor validez a su criterio. En cuyo caso, estamos hablando de un yo real, administrativamente nominado como catedrático, que conversa con otro yo real, administrativamente nominado como ayudante, integrantes ambos en el paradójico Yo antropológico al que me he referido antes.

- ¿Y qué se supone que es la Antropología si no resuelve su condición paradójica?

- Depende: puede ser estrategia de conocimiento del orden cultural que la instituyó para pensar al Otro y pensarse a sí mismo frente a ese Otro, concebido a ontológica imagen y epistemológica conveniencia; también, una coartada para justificar su posición predominante en un *status quo* geopolítico; añagaza de un colectivo disciplinar para su institucionalización y reproducción académica; o un oficio para llegar a fin de mes, como cualquier otro. Estrategias que en la práctica se materializan en la institucionalización de una disciplina, la Antropología, integrada por individuos concretos, mayoritariamente pertenecientes a las clases medias, los antropólogos, adscritos a una cultura determinada, la occidental, que interactúan con otros colectivos e individuos de otras culturas en tiempos y espacios determinados.

- En cuyo caso ya no hay paradoja.

- No; pero tampoco Antropología, puesto que no hay un discurso explicativo que se impone sobre otro, sino discursos que coexisten.

El profesor Samper comenzaba cada clase retomando el hilo que había dejado en el aire la clase anterior y terminaba con un nuevo interrogante que mantenía en suspenso hasta la clase siguiente. Convencido yo de que se trataba de un proceder pedagógico que perseguía mantener mi interés, como así ocurría, no pude menos que quedarme perplejo cuando concluyó la última clase sin aportar el menor atisbo de solución a su paradoja

antropológica. Miró el reloj, recogió sus papeles, me dio las gracias por haber tenido la “amabilidad” de asistir a su curso y me deseó suerte en la vida.

- ¿Es que el precio de la matrícula no incluye la solución de la paradoja? – le espeté cuando él estaba a punto de salir del aula.

- Alejandro –me dijo sonriendo desde la puerta- la respuesta tendrás que encontrarla por ti mismo.

- ¿Desde cuándo caben respuestas individuales en una disciplina que se pretende científica?

- Desde el momento en que esa disciplina está constituida por sujetos que tratan con sujetos.

- Al menos dígame una cosa, ¿ha resuelto usted la paradoja?

- Creo que sí.

- Sólo lo cree.

- Es a lo más que podemos aspirar cuando se trata de conocimiento, a creer que conocemos.

Aquel curso supuso para mí un desafío al que no quise resistirme, a pesar de que tenía mis dudas sobre el alcance de unos planteamientos que ponían en tela de juicio la posibilidad de la propia Antropología. Pero fue precisamente el vértigo de la extralimitación, el revulsivo de la disidencia, el inconformismo crítico de tales planteamientos, lo que me incitó a aceptar el reto. Días después, le planteé a Samper mi intención de dedicar el proyecto de tesis a resolver la paradoja antropológica como paso previo a la realización de la tesis entre los malinke, una etnia maliense, vecina de los dogón, a la que él se había referido varias veces en clase. Le pedí que fuera mi director. Me dijo que me ayudaría en todo cuanto estuviera en su mano, pero rechazó asumir la dirección, aduciendo que él no había dirigido nunca una tesis y que, con su currículum vacío de publicaciones, no podía avalar la solicitud de una beca con la que mantenerme los cuatro o cinco años que tardaría en doctorarme. “Además -me advirtió- yo no formo parte de ninguna

de las facciones académicas del gremio, condición sin la que es prácticamente imposible conformar un tribunal que te garantice una buena calificación y un puesto futuro en la universidad. Cuanto antes aprendas que nuestro campo está constituido por sujetos que no lo son solo de conocimiento, como reza el canon, sino también de intereses, y que estos acaban apuntalando las inconsistencias de aquél, mejor entenderás los trasuntos de la antropología académica.

- Y después de haber cursado su asignatura ¿no cree que tiene un compromiso conmigo? – repuse yo con un atisbo de reproche.

Me pareció percibir un suspiro cuando, tras un momento de silencio, me respondió que aceptaba y me daba las gracias por concederle mi confianza. Una reacción que en ese momento me pareció excesiva y no llegaría a entender hasta pasado el tiempo. Inscribí el proyecto de tesis con el título: “Sobre la naturaleza paradójica de la relación entre el sujeto y el objeto de la Antropología: un ensayo de resolución”

Trabajamos juntos día y noche en el planteamiento del tema, y cuando llega el día de la presentación el tipo dio la espantada. Me dejó abandonado sobre un cimbreado puente colgante, tratando de mantener el equilibrio para no caer en el abismo de incertidumbres que él había abierto bajo mis pies. También atrapado en un embrollo burocrático, con un director de tesis desaparecido y, lo que era peor, sin posibilidad de sustitución inmediata, toda vez que se necesitaba la expresa renuncia del primer titular para proceder al cambio. Algo que no ocurrió hasta que se dio por cerrado el caso en las instancias académicas y se puso en manos de la policía. Meses después, llegó al departamento un reporte policial informando del resultado de las pesquisas de búsqueda del profesor Joaquín Samper. La última pista fue su paso por la aduana del aeropuerto de Barajas para tomar el vuelo Madrid-Casablanca- Bamako.

Me vino dios a ver cuándo el director Alborán se ofreció a dirigir mi tesis, con la expresa condición de que me olvidara “de las dichas paradojas, que no caben en una disciplina de conocimiento tan consolidada como es la Antropología”. Condición que yo acepté, en parte por

conveniencia, en parte como forma de amortiguar mi resentimiento contra el profesor Samper. También me dijo que no hacía falta irme tan lejos para hacer trabajo de campo entre los malinke, teniendo en nuestro país “tantos Otros susceptibles de mirada antropológica”. Me sugirió que podía hacer trabajo de campo en “una zona apartada donde no hay luz eléctrica ni, por supuesto, televisión”. Traté de resistirme a la propuesta, pues no acababa de ver en ella el Otro exótico que me había atraído a la Antropología, por muchas curvas y baches que tuviera que pasar y candiles que encender para escribir de noche en mi cuaderno. Yo no había estudiado Antropología para ir de trabajo de campo en autobús de línea y practicar la etnografía jugando al dominó con cuatro viejos tocados con boinas con rabillo en un bar de pueblo. Pero dios insistió y no me quedó más remedio que renunciar al Otro exótico del que hablaban los programas de las asignaturas y la bibliografía que había estudiado durante la carrera y asumir una alteridad para mí desnaturalizada, impostada e impuesta.

Como primera medida, mi nuevo director me dio a leer un antiguo artículo suyo, publicado en el número cero de la revista del departamento, en el que defendía a ultranza las virtudes y los fundamentos ontológicos de la disciplina, y terminaba con un ardoroso alegato sobre la necesidad de institucionalizar la por entonces inexistente licenciatura de Antropología en España. Tras obtener la máxima calificación con mi nuevo proyecto, y a fin de reforzar mi currículum para la inminente convocatoria de una plaza de profesor ayudante, el director me ofreció el puesto de secretario del comité de redacción de la revista del departamento. Acababa de publicarse el último número y había que pensar en el siguiente, éste de carácter monográfico, que serviría para conmemorar el treinta aniversario de la fundación del departamento. Alborán me encargó que fuera solicitando las distintas contribuciones entre los colegas “más significados”, para proceder luego a una selección por parte del comité editorial. Él escribiría la presentación del número.

Con mi mejor voluntad y empeño, compuse un listado en el que estaban representadas las distintas posiciones, barruntándome que el director podía poner reparos con determinados nombres, especialmente con

el profesor Javier Romero, uno de los *seniors* del departamento, quien venía manteniendo con él una soterrada guerra desde que compitieran por una cátedra y la ganara el primero, según Romero porque se había buscado mejores apoyos que él. Pero yo no podía permitirme el lujo de excluir a ninguno de mis colegas, consciente de que cualquiera de ellos podía formar parte de la comisión que habría de dirimir la ayudantía.

Un montón de conversaciones, llamadas de teléfono y correos electrónicos después, y para enorme satisfacción por mi parte, había conseguido la aceptación de la mayor parte de los propuestos en mi lista. Tuve que emplearme a fondo con el profesor Romero, quien tras mucho insistirle acabó aceptando, con la inexcusable condición, eso sí, de que se publicara también un artículo de José Ramón Bermúdez, un doctorando suyo. Los dos o ninguno. Condición que no pude rechazar, dada mi débil posición. Mi futuro profesional podía depender de ello.

No me di cuenta dónde me había metido hasta que tuve todos los artículos en mi haber y los hube leído. Me vi en medio de un fuego cruzado entre las dos facciones del departamento y algún que otro francotirador, por mucho que las municiones iban camufladas en retórica académica. Aquello era cualquier cosa, menos producto de una disciplina. En concreto, el artículo de Javier Romero trataba sobre las estrategias de poder que subyacen en los procesos de institucionalización de la Antropología, y cómo en los momentos de la fundación de los departamentos se establecen alianzas con instancias económicas y políticas para obtener ventajas personales y afianzar posiciones de poder en el campo de relaciones académicas. Para alivio mío, no hacía referencia explícita a ningún caso específico, tampoco al departamento, como yo me temí cuando leí el *abstract*. No hacía falta. Agazapado en la trinchera de la impersonal teoría, Romero ya se había encargado de delimitar el campo de batalla, identificar al enemigo y cargar el arma, que puso en manos de su inocente doctorando para que fuera éste quien se encargara de disparar (y sufrir las posibles represalias). Y Bermúdez disparó un artículo que en sí mismo constituía un aséptico aporte de datos históricos, como eran la coincidencia de la fundación del departamento con el final de la dictadura franquista y el arranque de la Transición política

española en plena Guerra Fría; las presiones norteamericanas para que España entrara en la OTAN; la firma del Tratado de Amistad y Cooperación entre España y los Estados Unidos de América; la colaboración entre la Embajada norteamericana y el departamento de Antropología; o la financiación de becas para proyectos de investigación antropológica por parte del Comité Conjunto Hispano-norteamericano de Cooperación Científica y Tecnológica. Datos que en apariencia se limitaban a contextualizar históricamente los inicios de la licenciatura en España, pero que, convenientemente correlacionados con el artículo de Romero, inducían a una lectura y unas conclusiones que ninguno de los dos explicitaba en particular. Lectura que ni por asomo yo hubiera realizado nunca, de no ser porque la insistencia de Romero en publicar ambos artículos de forma consecutiva, primero el de Bermúdez y luego el suyo, me había puesto en estado de alerta. Con la ayudantía en puertas, no había marcha atrás. Envié las correspondientes copias al director y a los otros dos miembros del consejo editorial y me dispuse a la dura travesía de noches de insomnio, sudores por temor a cruzarme en los pasillos con Alborán, pérdidas de concentración en las clases, sensación de náusea cuando llegaba al departamento y alivio cuando salía de él.

El director Alborán dio comienzo a la reunión del comité, al que había excusado su asistencia uno de los vocales, expresando su satisfacción por un número de la revista que venía a representar el éxito de un proyecto iniciado treinta años atrás, y se reservó para intervenir en último lugar, cediendo el uso de la palabra al profesor San Segundo. Éste se pronunció sobre un par de artículos, que a su parecer no estaban a la altura de la revista, tras lo cual pasó a valorar el artículo de Bermúdez. Visiblemente alterado, San Segundo lo tachó de “extemporáneo e impertinente para el propósito del número conmemorativo”, a lo que añadió, casi a punto de perder los papeles, que “sólo le ha faltado afirmar que la fundación del departamento fue moneda de cambio para meternos en la OTAN”. Eso sí, se guardó muy bien de no sacar a colación el hecho de que su propio ingreso en el departamento coincidió con el momento de más estrecha colaboración entre éste y la Embajada norteamericana, donde por entonces él ya prestaba sus servicios,

detalle que yo desconocía en ese momento. Viendo peligrar mi compromiso con Romero, con la consiguiente puesta en riesgo de la plaza de ayudante, insistí en que el artículo de Bermúdez aportaba interesantes datos que contribuían a situar el contexto histórico en el momento de instauración de la carrera de Antropología en el país. Añadí algunos comentarios positivos sobre otros artículos y me abstuve de aludir al artículo de Romero, no fuera a ser yo quien levantara una liebre que había pasado desapercibida a San Segundo, y terminé congratulándome de la alta representatividad que se había conseguido para un número tan significativo como el que teníamos entre manos.

Acto seguido intervino el director, quien para mi sorpresa y no menos mosqueo se sumó enfáticamente a mis propios argumentos laudatorios de pluralidad. Cuestionó un artículo que, según él, no alcanzaba la calidad requerida, casualmente perteneciente a un colega de la facción de Romero, ponderó otros dos de su propia facción, entre los que se encontraba, como no, el de San Segundo, y rechazó la inclusión del artículo de Javier Romero. “No guarda relación con el propósito del número”, sentenció, proponiendo sin más que fuera pospuesto para el número siguiente. En cambio, aceptó el artículo de Bermúdez, “pues, a diferencia de lo que opina el profesor San Segundo, yo creo que aporta una excelente información sobre los esfuerzos que se hicieron para institucionalizar la Antropología. Esfuerzos de los que, por cierto, alguno se aprovechó entonces sin mover un dedo, eso sí criticando cuanto se hacía y poniendo palos en la rueda del carro”, dijo dirigiéndose a mí, aunque tácitamente aludiendo a Romero, con un amago de sonrisa en la boca que desmentía su matadora mirada sobre las gafas oscuras. Dio por terminada la reunión, agradeció, aunque tildó de excesivo el laudatorio artículo de San Segundo dedicado a su papel de fundador, y me urgió a acelerar la publicación del número (su número, a tenor del resultado), a fin de que estuviera en la calle antes del congreso de Antropología que se celebraría en el próximo mes de julio.

-Y para ser consecuentes con el espíritu plural y democrático que ha guiado a nuestro secretario en la composición de este número –concluyó–,

propongo que, una vez publicado, procedamos a la renovación de su cargo para dar la oportunidad de detentarlo a otros jóvenes colegas.

El ayatolá Roberto Alborán acababa de promulgar una *fatwa* académica contra mí, cuya fatal ejecución amenazaba con cumplirse dejándome sin la plaza de ayudante. De ahí, el alivio que sentí cuando salió publicado el resultado del sorteo de los tres miembros de la comisión: él no, aunque sí San Segundo, la profesora De la Villa, no muy bien relacionada con el director por la amistad de ésta con Romero, y ¡bingo! Javier Romero. A poco que se cumpliera el principio de fisión y fusión con el que Evans-Pritchard explicaba la organización política de los nuer del Sudán, y a la vista de los expedientes académicos de los otros tres concurrentes, la ayudantía era mía. Sólo que no hubo oportunidad de comprobar empíricamente si el postulado de Evans-Pritchard funcionaba también en el sistema tribal del departamento, pues a veinticuatro horas del acto de constitución de la comisión Javier Romero volvió a agazaparse, como solía, y mandó una carta de renuncia con no sé qué espurias excusas. Y para colmo de males, su suplente pertenecía a la facción del director. Me quedé solo frente a la cólera de dios. Y dios castigó mi ingenua visión de las cosas dándole la ayudantía y la secretaría de la revista a otro más conveniente, para él, que yo.

Por casualidad o causalidad, al día siguiente de mi fracaso me llegó la presentación del número del director Alborán. Todo un panegírico sobre su forma excluyente de entender la disciplina, en el que implícitamente se arrogaba el poder de dictar qué era Antropología y qué no y por extensión el derecho de conceder patente de curso antropológica a sus elegidos y negársela a sus adversarios por omisión. Por alguna extraña asociación de imágenes, su lectura trajo a mi imaginación la pintura de La Creación en la capilla Sixtina, aunque en el lugar ocupado por Dios aparecía el director Roberto Alborán apuntando con el dedo índice no al de Adán, sino al del profesor San Segundo, quien presidía una exigua cola de escogidos. Junto con la presentación del número, venía una nota en la que se me urgía a desalojar el despacho para que lo ocupara el nuevo ayudante y pasara yo a instalarme en la mesa del despacho destinado a los asociados.

Fue entonces, con motivo del desalojo de los cajones del escritorio, cuando encontré la llave del archivo metálico y volví a reparar en él, sorprendido de que hubiera desaparecido de mi percepción consciente durante todo ese tiempo, como desaparecen las cosas que carecen de significado emocional o funcional, y sin embargo están, como seguía estando allí aquel mueble, reaparecido ahora con toda su contundencia metálica, tan palmaria a mi vista en ese momento que todo cuanto había en nuestro entorno se desvaneció.

Qué distintos serían los currículos académicos si, en lugar de fríos documentos llenos de nombres, fechas, cifras y sucintas descripciones, se atuvieran de verdad al término *vitae* con el que tan pomposamente vienen acompañados. No aparecerían sólo calificaciones, escuetos títulos, enumeración de cursos recibidos o impartidos, conferencias, seminarios, investigaciones, nombramientos o publicaciones, toda esa panoplia de sucinta biografía contable que, por un prurito de funcional objetividad, uniformiza algo tan irreductiblemente singular y complejo como es la trayectoria de cada cual. Aparecerían en cambio acontecimientos, seguramente exóticos para la razón burocrática, pero imprescindibles para comprender el verdadero decurso de una vida profesional, también de la propia profesión; acontecimientos trascendentales, decisivos, como para mí lo fue el momento en que, llevado por una irreprimible curiosidad, probé la llave en la cerradura y, clac, se abrió el fichero.

El primer cajón contenía tres carpetas. Saqué la primera. Había una copia de la tesis que Joaquín Samper presentó en Francia, en 1972, sobre los dogón de Mali, titulada *La Togouna ou la maison de la parole dans le pays dogon*. La devolví a su sitio y saqué la segunda carpeta. Contenía un artículo escrito a máquina y dos copias hechas con papel carbón, cuyo título no pudo menos que resultarme familiar: *Paradojas de la Antropología o la imposibilidad de una disciplina de conocimiento*. Estaba fechado en agosto de 1975, en Bandiagara, Mali. Apenas empecé a leerlo reconocí, casi palabra por palabra, las mismas frases e idénticos argumentos que los utilizados por el autor en su curso de doctorado. Junto con el manuscrito y las copias, había dos cartas con el membrete del departamento. La primera era el dictamen

negativo de publicación del artículo del profesor Samper en el número cero de la revista del departamento. En él se reconocía que planteaba un interesante problema teórico, pero no ofrecía propuestas de solución. “No aporta conclusiones”, era la fórmula empleada, instando a que se aportaran como condición para ser publicado. La segunda hoja era una copia de un escrito en el que se exponía lo siguiente:

*Dado que se trata del número inaugural de la que va a ser la primera revista de Antropología en España, la inclusión del presente artículo resulta contraproducente para los propósitos del mismo. En tal sentido, me permito recordar a los miembros del comité editorial el trascendental valor que supone este número cero para respaldar las gestiones que desde nuestra universidad y otras altas instancias nacionales e internacionales se están realizando en pro del reconocimiento oficial de la carrera de Antropología. No creo, por tanto, que haya de señalar el efecto adverso que tendría para tal propósito un artículo que pone en tela de juicio la validez de la Antropología como disciplina académica. Fdo: Roberto Alborán*

Devolví el artículo, las copias y los informes a su carpeta y la repuse en su sitio. En la carpeta contigua sólo había una carta, con el sello del Rectorado y la firma del Vicerrector de Ordenación Académica, en la que, agradeciendo los servicios prestados, comunicaba al Profesor Asociado Joaquín Samper la no renovación de su contrato para el curso siguiente, habida cuenta del informe negativo emitido por su departamento. Sorprendido e intrigado, busqué la fecha de la comunicación y de inmediato me apercibí de que estaba datada unos días antes de la presentación de mi proyecto de tesis sobre las paradojas, coincidiendo con la desaparición de mi director.

Con la carta en la mano, me dejé caer en el sillón, sumido en un remolino de confusos pensamientos. Y allí pasé un buen rato, hasta que, incapaz de contener un segundo más la rabia acumulada en los últimos días, a punto de desbordarse por lo que acababa de descubrir, me levanté, fui al escritorio, abrí el cajón y saqué dos carpetas: una, con los artículos aprobados para publicar en el número conmemorativo de la revista, la otra,

con los rechazados, y compuse un volumen con todos ellos. Fui al fichero, extraje el viejo borrador del artículo inédito del profesor Samper sobre la condición paradójica de la disciplina y lo añadí al final, a modo de corolario del número conmemorativo de la fundación del departamento. Con la indicación de que tenía que estar publicado para el próximo congreso de Antropología, metí el volumen en un sobre, puse la dirección de la imprenta y lo dejé en la conserjería para su envío urgente.

Salí del edificio con una agobiante sensación de opresión en el pecho y de náusea en el estómago y, por alguna extraña conexión de ideas, con la paradoja del profesor Samper martilleando mi cabeza como un mantra, “Sé tú mismo, a condición de que lo seas como yo te pienso”, sólo que ahora el Yo antropológico imperativo y paradójico no era un sujeto de conocimiento obligado a condicionar a su Otro para justificar su razón de ser, sino un colectivo de egos incapaces de pensarse a sí mismos, sin para ello tener que negar a los otros; egos que, pertrechados con el Boletín Oficial del Estado, me habían negado la plaza de ayudante porque yo no les servía para pensarse como a ellos les convenía hacerlo.

Camino del autobús, agobiado por la angustia de saber que acababa de dar por terminada mi carrera en el departamento, pude ver en el aparcamiento de profesores al director Alborán manteniendo una animada conversación con el profesor Romero. El mundo se me volvió del revés. En ese instante me di cuenta de que, en contra de lo que yo había deducido, a tenor de la deserción de Romero en la comisión de la ayudantía que me habían negado, el principio teórico de fisión-fusión de Evans-Pritchard sí que regía en la tribu departamental. Simplemente, yo me había confundido al crearme nuer, cualquiera que fuese mi clan de pertenencia, y no uno de sus menospreciados dinka, frente a quienes los nuer activan el último resorte del mecanismo de fisión-fusión que rige su orden social; un dinka al que someter o mandar al ostracismo, como también habían hecho con mi profesor Joaquín Samper.

## II

Apretujado entre una mujer con un niño en el regazo y la desvencijada puerta del atestado taxi colectivo que me lleva de Bamako a Bandiagara, la capital del país dogón, al borde del colapso por el tórrido calor del mediodía saheliano, se suceden en el paisaje ciclópeos baobad desperdigados por la árida llanura, hilvanada de tanto en tanto por rebaños de cabras cobijados bajo sombras de acacias, aldeas de adobe, niños jugando a la pelota o guiando aros metálicos, hombres tumbados sobre esteras, mujeres portando enormes bultos sobre la cabeza a través de la inmensa planicie que se extiende entre el río Níger y la falla de Bandiagara, el abrupto corte geológico que, con un desnivel de entre ciento cincuenta y trescientos metros y una extensión de más de doscientos kilómetros, acoge al pueblo dogón.

El taxi disminuye la velocidad e irrumpe en el caos de un mercado al aire libre, situado en un cruce de precarias carreteras. Se abre paso entre gentío, puestos de venta, camiones erizados de viajeros, carros, cabras, burros. Un variopinto y, a mis ojos, caótico conglomerado humano, inmerso en la sofocante calima atravesada por vaharadas de olores, colores y música maliense que emiten desmesurados aparatos portados a hombros de muchachos. Llama mi atención la diversidad étnica que acusa la variedad de vestimentas, sombreros, rasgos físicos, y colijo que dialectos: bambara, dioula, dogón, fulani, malinke... Entre el gentío, un japonés cargado con cámaras y una pareja de occidentales con dos hijas adolescentes; también reparo en un vehículo todo terreno con el anagrama de la Cooperación francesa. Observo y quiero ver en la muchedumbre que me rodea el Otro necesario para la reafirmación del Yo antropológico, el mío, que, sin embargo, aquí y ahora, se me antoja brumoso, desvaído, apenas inteligible en medio de esta gente concreta, real, que no necesita de mí ni de mi disciplina para pensarse y estar en su mundo y en el mundo, como he estado

y me he pensado yo en el mío, el de la antropología académica, un mundo habitado por egos que tratan de sobrevivir persiguiendo sombras de Otros lejanos y renegando de sus otros cercanos.

De noche, tumbado en una colchoneta sobre el techo de una casa de adobe, con las manos cruzadas bajo la nuca apoyada en la mochila que me servirá de almohada durante el sueño, contemplo la bóveda celeste estrellada. Una inmensa luna llena inunda de tenue luz plateada la aldea dogón, colgada en la rocosa verticalidad de la falla. En medio del silencio, interrumpido por esporádicos susurros procedentes de aquí y allá, aún resuena entre mis desconcertados pensamientos el griterío de hombres, jóvenes y niños, agolpados al fresco del anochecer frente a un viejo televisor portátil que, alimentado con una batería de camión a falta de corriente eléctrica, emite un partido de fútbol entre el Milan y el Barcelona. Vestidos algunos con la camiseta azulgrana, gesticulan, animan, protestan, se regocijan y jalean al jugador camerunés Eto'o, del mismo modo que en ese preciso instante lo está haciendo un grupo de hinchas en cualquier lugar de Barcelona, Panamá o Qatar.

Abro los ojos y vislumbro frente a mí, al pie de la escarpada pared de roca, las siluetas de los graneros cónicos elevados sobre pilares, donde las mujeres guardan mijo y los ajuares de sus dotes de boda; elevo la mirada y columbro el lugar sagrado al que esta tarde me ha llevado Joaquín, donde se celebran los ritos de paso de circuncisión y ablación del clítoris; miro más arriba y trato de figurarme cómo se las arreglan para ascender hasta las oquedades y los salientes de la roca y depositar en ellos a sus difuntos. A primera hora de la mañana, hemos visitado las presas de agua que impulsó nuestro antecesor colega Marcel Griaule. También me ha contado el proyecto pedagógico promovido por él mismo y el Gran Hogón, máxima autoridad de los dogón, orientado a producir textos escolares que armonicen la cultura dogón con la de las etnias vecinas y con la visión occidental. De nuevo en la aldea, hemos cumplido con el protocolo dogón de solicitar permiso de estancia al hogón, jefe espiritual y político local. Hemos pasado junto a la Casa de las Mujeres, de uso exclusivo femenino durante la menstruación; la morada del cazador, tachonados sus muros con trofeos de cráneos de

animales; para acabar refugiados del abrasador calor en la Toguna, la Casa de la palabra, un recinto de unos treinta metros cuadrados, cubierto por un espeso techado fabricado con capas de tallos de mijo superpuestas, sostenido por troncos ahorquillados profusamente labrados con simbología dogón. En ella se reúnen los hombres para pasar el tiempo fumando sus pipas mientras juegan al *mancala* (a base de semillas y huecos hechos sobre el piso de tierra), tomar decisiones que afectan a la comunidad y dirimir los litigios. “O simplemente estar, una sabia manera también de ser olvidada en la cultura occidental que identifica el ser con el hacer”, añade Joaquín. Luego de las presentaciones a un par de ancianos allí presentes, nos hemos quedado obligadamente sentados sobre el suelo, dado que la limitada altura del techado de la Toguna no da para estar de pie.

- ¿Todas tienen el techo así de bajo? -pregunto.

- Todas y en cada aldea hay una. La explicación de la limitada altura es que su finalidad es procurar que la discusión no se desmadre con el acaloramiento del debate. Como impide ponerse de pie, los contendientes no tienen más remedio que mantenerse sentados o reclinados, posiciones más proclives al sosiego y la calma del diálogo que a la polémica.

Me pregunta Joaquín sobre mi proyecto de tesis, si vengo para hacer trabajo de campo entre los malinke, y en mi respuesta hay confusión, dudas, desilusión, desengaño, renuncia. “Tómate tu tiempo, que aquí es barato” me aconseja, y prosigue: “El verano siguiente de doctorarme en París regresé al país dogón para abordar algunos aspectos de la tesis que deseaba profundizar, a fin de preparar el texto para la publicación de un libro. Lo primero que hice fue regalarle un ejemplar al Gran Hogón y me dispuse a explicarle el meollo de la investigación en los términos más convenientes para que pudiera comprenderla. Pasamos muchas horas aquel verano conversando bajo la techumbre de la Casa de la palabra, él escuchándome con atención, fumando su pipa, y yo perorando con mis interpretaciones sobre su sistema de creencias. Él asentía con la cabeza cuando yo reproducía palabras o frases literales que había grabado o inscrito en mi cuaderno durante el trabajo de campo; pero apenas apreciaba yo gesto

alguno de aprobación o reprobación en su rostro a medida que mis interpretaciones se alejaban de ellas en pro de su teorización. Una vez le pregunté qué pensaba de mi trabajo. Más o menos vino a decirme que no entendía las explicaciones que yo hacía de las cosas de los dogón, que las respetaba y se alegraba de que a mí me sirvieran para entenderlos a ellos, pero que a él no le servían. Yo, llevado por mi joven soberbia académica, fruto de la cual me hice algún que otro rasguño en la cabeza al incorporarme para poner más énfasis en mis palabras, me las ingeniaba para elaborar argumentos más y más convincentes. Pero por más que insistía yo, el Gran Hogón, sin perder su condescendiente sonrisa, me respondía que muy bien, que eso era lo que yo pensaba y que le parecía que así era como tenía que ser, pero que él lo veía de otra manera y que eso era lo natural. Con la prepotencia del neófito converso recién doctorado en París, oh la, la, no se me ocurrió otra cosa que tratar de convencerlo haciéndole entender el definitivo papel de la teoría en la explicación de los problemas.

- ¿Los problemas de quién?”, me preguntó intrigado.

Ya no seguí por ahí. En una de aquellas discusiones me dijo que no entendía por qué me empeñaba en querer convencerlo con mis argumentos, que qué inconveniente tenía yo con que él me entendiera a mí con su manera de pensar y yo le entendiera a él con la mía. Me dejó callado y pensativo cuando me argumentó entre risas que no me empeñara en convencerlo, porque si conseguía hacerlo cambiaría su manera de ser dogón y entonces ya no me serviría a mí para entender a los dogón de verdad. Fue en ese momento cuando me planteé la pregunta: ¿Cómo comprender algo que necesitamos alterar y al hacerlo perdemos la posibilidad de comprenderlo como genuinamente es?

- Y de ahí el “Sé tú mismo, a condición de que lo seas como yo te pienso”.

- Que me dejó en el dique seco de mi trayectoria profesional.

- ¿No pensaste abandonar?

- A punto estuve cuando me presenté por tercera vez a una plaza de ayudante y fracasar. Aquella la ganó San Segundo, gracias al voto delegado de un miembro ausente de la comisión que Alborán se sacó a última hora del bolsillo para resolver el empate. Voto que su supuesto emisor me juró y perjuró después que no había emitido. Me vine a Mali para alejarme de la asfixiante y crispada atmósfera del departamento y reflexionar con sosiego sobre la posibilidad de reorientar mi vida profesional. Pero bastó poner el pie en suelo africano, percibir la cálida y húmeda brisa del río Níger, deambular sin propósito, confundido en el bullicio de los mercados de Bamako, viajar entre mágicos baobabs hasta el borde de la falla de Bandiagara y durante horas descender a pie entre los roquedales, de aldea en aldea, entre arroyuelos, cascadas y vestigios de viejos asentamientos encaramados en las escarpadas paredes, con el inmenso telón de fondo de la sabana que se adentra en Burkina Fasso, y sobre todo volver a reencontrarme con el alma dogón, para restaurar mi dañada vocación por la antropología. Me dije: Joaquín, esto es antropología, aquello sólo academia. Decidí continuar, convencido de que mi obligación era seguir intentado resolver la paradoja. Podía haber recurrido para salir de mi atolladero a alguna de las típicas fintas de logomaquia a las que tanto recurrimos los académicos para llegar a la canónica conclusión, dado que tenemos un oficio en el que no cabe la hipótesis sin una ineludible tesis, la que sea, aunque sea errónea, con tal de que se atenga a los tópicos formales establecidos. Después de todo, nadie, salvo nosotros mismos, respaldados por el BOE, nos pide responsabilidades por lo que decimos del Otro, porque ya nos hemos encargado de disciplinarlo para que diga todo lo que quiera, cuanto más exótico mejor para reafirmar nuestra identidad, siempre y cuando no cuestione nuestra supervivencia profesional. En la dialéctica entre el Yo antropológico y el Otro, siempre termina imponiéndose el Yo. El caso es que no estaba dispuesto a escribir artículos intrascendentes, rutinarios, refritos perfectamente prescindibles para el devenir de la Antropología, que acabarían sepultados en revistas con índice de impacto poco menos que parroquial y propósito poco más que de salvoconducto curricular para engordar mi expediente, y cuya mejor virtud sería la de permitirme ascender en un sistema académico en el que ya no creía y obtener un reconocimiento por parte de mis colegas que no

necesitaba. Así que opté por el silencio, tratando de mantener encendida en mi cabeza la llama de la paradoja, cuya solución me parecía ineludible para librar a mi antropología del mal congénito con el que fue concebida por el Yo eurocéntrico decimonónico y tratar de hacer de ella un modo de pensar el Otro sin necesidad de forzarlo ni tergiversarlo. Cosa que hice curso tras curso, a sabiendas de las opiniones adversas, el menosprecio y la altivez de tanto colega disciplinado depositario de verdades convencionales, cuyo grado de validez tantas veces es directamente proporcional al cargo institucional de quien las sustenta. Hasta que apareciste tú.

- ¡¿Yo?!

- Fuiste el primero que se atrevió a afrontar el problema.

- Si, y te pedí que me dirigieras.

- Y lo hubiera hecho, de no ser porque el departamento me comunicó que iba a desactivar mi asignatura para el curso siguiente por no alcanzar el mínimo de inscripciones. Hasta entonces había conseguido ir sobreviviendo con un número de alumnos inscritos, a veces más, a veces menos, pero suficientes para continuar, aunque luego la mayoría dejaba de asistir a clase desde el segundo o tercer día. El curso pasado, no sé por qué, no se inscribió nadie. O quizás sí lo sepa, pues coincidió con que era la primera vez que alguien planteaba al departamento un proyecto de tesis con la intención de resolver la paradoja antropológica. Alborán me dijo que o cambiaba de programa o me quedaba sin contrato. En fin, a esas alturas de mi vida, lo último que iba a hacer era empezar a trampear conmigo mismo. Pero, sobre todo, había alguien dispuesto a intentar afrontar la paradoja. Pacté con Alborán tres cosas, a cambio de librarse de mí y mi “dichosa paradoja”, como él siempre la tildaba: que se encargara de asegurarte la ayudantía, veo que no ha cumplido, que asumiera él la dirección de la tesis que tenías entre manos y que te dejara ocupar mi despacho, al menos provisionalmente.

- Me dijiste que creías haber resuelto la paradoja. ¿Por qué no la publicaste?

- Para entonces, el tiempo de la antropología académica ya había pasado para mí.

- ¿Cómo te las arreglas para sobrevivir?

- De la forma más baja y denigrante en la que puede caer un antropólogo.

- ¿Vas a opositar a profesor funcionario? - ironicé.

- No tan bajo – correspondió él. - Vivo del turismo.

- ¡¿Haces de guía turístico?!

- Ja, ja. Se ve que he mentado una de las bichas de la Antropología. Te confieso que al principio tuve mis reparos, acordes con el prejuicio visceral de nuestra profesión por cuanto tenga que ver con el turismo, que no sea someterlo a la condición de objeto de estudio. Menospreciamos el oficio de guía turístico porque de alguna manera lo consideramos una perversa degradación de nuestro quehacer profesional, sin querer reconocer que somos dos especies depredadoras que comparten un mismo nicho ecológico y se alimentan de la misma presa: el Otro. La diferencia es que los guías se ganan el sueldo reportando divisas a su Otro y los antropólogos nos servimos del nuestro a cambio de nada, lo que... vaya, ahora que lo pienso, no deja de ser una forma de explotación no sólo epistemológica, sino también laboral. Alguien debería fundar un sindicato de los Otros para defender sus derechos laborales frente a la patronal antropológica. Pero no, no ando de aldea en aldea seguido de una caterva de japoneses. Esta gente maneja muy bien el asunto del turismo desde que la UNESCO declaró el país dogón patrimonio cultural de la humanidad. Tienen el derecho exclusivo sobre cualquier viajero que se adentre en su territorio, y se las arreglan para que no haya grandes grupos ni que estos se encuentren entre sí, para lo que tienen fijados itinerarios distintos. En cuanto a mí, me encargo de iniciar a los viajeros en las claves de la cultura dogón, aunque no en formato de clase magistral, sino de diálogo, diálogo con el hogón de cada aldea y con los visitantes. Pero no has respondido a mi pregunta: ¿vienes dispuesto a hacer trabajo de campo entre los malinke?

- Sí. Pero recuerda que el proyecto que tú empezaste a dirigir tenía como premisa epistemológica la necesidad de resolver la paradoja como condición previa para encarar el trabajo de campo.

- Lo recuerdo. Pero recuerda tú que te dije que ese recorrido habrías de hacerlo por ti mismo. En una ciencia abierta, como debe ser la Antropología, donde la impronta personal juega un papel impertinente para muchos (empeñados en imponer su convencional criterio de objetividad a diestro y siniestro y sobre todo de arriba a abajo), inevitable para algunos, pero necesario y precioso para mí, la identidad del antropólogo neófito ha de formarse en los principios de la materia, pero no debe dejarse deformar ni conformarse con ellos. Tiene que cuestionarlos, desmontarlos, ponerlos en la picota, zarandearlos, criticarlos, abandonarlos, tratar de sustituirlos por otros, y al final volver a ellos porque no encuentra mejor manera de entender la condición humana. Entonces, y sólo entonces, podrá hacer buena Antropología. Con que no insistas en pedirme que sea incoherente con mis propias convicciones pedagógicas. Tú observa y reflexiona. Sobre todo, presta atención a la Casa de la palabra.

Y a eso me dediqué en adelante, a observar y reflexionar, teniendo siempre a la Toguna en el punto de mira etnográfico. Pasé muchas horas en ella, como observador participante en los habituales encuentros entre Joaquín, el hogón local y el reducido grupo de turistas de turno. Encuentros que no consistían en una impartición de conocimientos de la cultura dogón, sino en un intercambio dialogado entre todos los asistentes, mayormente entre los forasteros y el hogón. Joaquín intervenía, a veces como un participante más, otras tratando de facilitar la mutua comprensión entre las distintas perspectivas culturales. Yo me limitaba a observarlos y tomar notas.

Una tarde, Joaquín y yo habíamos regresado de una excursión con un grupo de turistas, dos japoneses, cuatro jóvenes israelíes en su año sabático posterior al servicio militar y, por azar o ironía de la vida, un médico palestino con su mujer, sueca, radicados en Francia. Esa vez no me quedé en la Toguna con ellos, cansado de reprimirme de intervenir en los recurrentes amagos de discusión entre el médico y uno de los jóvenes israelíes, el único

de ellos que usaba la kipá. Cada vez que surgía algún aspecto de la identidad cultural, ellos dos lo aprovechaban como pretexto para acabar sacando a colación el conflicto palestino-israelí, ante la queja amigable de sus tres correligionarios y de la mujer sueca. Así que me encaramé a una roca situada al borde del poblado, desde donde disponía de una buena perspectiva de cuanto ocurría dentro de la Toguna. No podía distinguir bien las palabras, pero sí cómo el tono de la conversación subía por momentos, rompía de pronto en grandes risotadas y volvía a bajar, para recuperar el sosegado murmullo del diálogo entre el hogón y los forasteros y la puntual intervención de Joaquín.

En un momento determinado, percibo que el tono del parlamento sube abruptamente y se torna en discusión protagonizada por el joven de la kipá y el médico. En el fragor del acaloramiento, veo que el joven descruza las piernas, se agarra con una mano a uno de los pilares de madera y da un impulso para incorporarse, golpeándose la cabeza con una de las vigas del techado. El grito de dolor rasga el silencio de la aldea. Las chicharras enmudecen, las mujeres interrumpen la molienda del mijo, el cazador se asoma intrigado a la cerca de su morada, el tejedor detiene su rueca, los niños dejan sus aros y corren curiosos a la Toguna, y yo, tras dudar un instante si acercarme para presenciar en directo la escena, decido quedarme en mi atalaya etnográfica para observar desde allí.

Veo salir a Joaquín, el médico palestino y el joven de la kipá. El médico lleva agarrado de un brazo al joven, quien a su vez sostiene un pañuelo manchado de sangre sobre su cabeza. Los sigo con la mirada hasta que entran en la casa de Joaquín. Al cabo de unos quince minutos vuelven a salir, ahora el joven con la cabeza vendada. Regresan los tres conversando amigablemente hasta la Casa de la palabra, donde son recibidos con bromas y expresiones de regocijo y al poco rato todo vuelve a su sitio: los de la Toguna a la sosegada conversación, los niños a sus juegos, las mujeres al rítmico golpeteo del mijo con sus troncos, el cazador al interior de su vivienda, las chicharras a su canto y yo a mis observaciones.

Me pregunto qué habría cambiado en mi percepción etnográfica del suceso de haberme encontrado dentro de la Toguna. Y me respondo que difícilmente me hubiera podido contener de tomar partido en la discusión, rompiendo así la neutralidad que se le supone al buen etnógrafo en su doble, y hasta cierto punto también paradójico, rol de observador y de participante a la vez. Cosa que no ha ocurrido permaneciendo sentado sobre la roca, desde donde no sólo he presenciado la escena sin interferencia de mis aprioris políticos, sino que he podido ejercer una vigilancia sobre mí mismo pensándome dentro de la Toguna y tomar conciencia de mi posición personal respecto al conflicto palestino-israelí, pudiendo así neutralizarla. Me doy cuenta de que ahora mi Yo observador se me antoja menos opaco, más diáfano, al punto que puedo detectar en él atributos y condicionantes que no había contado con ellos, pero que estaban ahí actuando, difuminando, oscureciendo, sesgando mi percepción directa del Otro, que ahora, con la distancia interpuesta, se me antoja más genuino, menos condicionado, menos sometido a prejuicios personales y, por tanto, más clarividente.

Bajé de la roca y atravesé el poblado para auparme a otra más alta, desde la que me pensé a mí mismo sentado en la anterior roca, observándome desde ella a mi vez en mi posición de observador participante dentro de la Toguna, en una cascada de actos de autoobservación reflexiva. Y constato que mi nueva posición me permite ejercer una mayor vigilancia sobre las sucesivas posiciones de observador, de manera que mi Yo antropológico puede tomar conciencia de los efectos de su propia acción y, consiguientemente, tenerlos en cuenta a la hora de pensarse a sí mismo y de pensar el Otro sin condicionarlo.

¡Había resuelto la paradoja!

Eufórico, aproveché que en ese momento salía Joaquín de la Casa de la palabra para pedirle que se acercara y subiera conmigo. Una vez arriba, le expuse todo ufano lo que acababa de conjeturar. El me escuchó con atención, siguiendo con la mirada los sucesivos saltos que mi dedo índice iba dando de roca en roca, en dirección reflexiva y descendente, para acabar apuntando directamente a la Toguna, que ahora se aparecía a mis ojos como

un escenario etnográfico liberado, salto a salto, de mis aprioris subjetivos. Y en esa posición me quedé, cual sabueso señalando a su presa, esperando la aprobadora reacción de Joaquín. Éste se levantó, descendió de la roca y, una vez en el suelo, dijo: “Anda, Alejandro, baja de tu pedestal epistemológico y ven conmigo”.

Recorrimos en silencio el trayecto del camino de acceso a la aldea y nos adentramos en el desfiladero por el que se ascendía a la aldea vecina. Subimos serpenteando entre riscos, hasta llegar a un rellano desde cuyo borde se divisaba nuestra aldea, unos ochenta metros más abajo.

- Has avanzado en la solución de la paradoja, imaginando ese Yo saltarín de roca en roca que, de modo reflexivo, vigila y toma conciencia de sus aprioris y puede controlar las implicaciones de su propia acción de observador participante. Pero me temo que aún no te has librado de la red de la paradoja. Por muchos saltos que des tratando de librarte de los condicionantes del Yo antropológico, quien da los saltos sigue siendo ese mismo Yo, quizás liberado de atributos condicionantes de las posiciones anteriores, pero sometido a los de cada nueva posición y a los que le impone la necesidad de reproducirse a sí mismo como antropólogo.

- En cualquier caso, la fórmula hace posible un Yo más transparente, menos condicionado y, por lo tanto, capaz de establecer una relación menos determinante con el Otro. Solo es cuestión de continuar tomando posiciones cada vez más altas que te permitan vigilar cada acto previo de observación.

Tras un instante de silencio, noto que Joaquín me agarra del brazo y tira de mí dando unos pasos atrás, hasta un punto en que ya no se divisa la aldea. Me mira, lo miro, y nos quedamos mirándonos mutuamente, él con un gesto de paternal divertimento dibujado en su cara y supongo que yo con uno de pasmarote en la mía.

- Date cuenta Alejandro de a dónde nos conduce tu estrategia de sucesivas vigiliadas reflexivas: a perder de vista al Otro real y dejar un Yo antropológico ensimismado y autorreferente, haciendo sofisticadas cábalas teóricas en aulas, congresos y revistas, sobre un Otro que ya sólo puede

imaginar y, por consiguiente, ha de conformarlo a su ontológica imagen y epistemológica conveniencia. Un Yo que acaba respondiendo a los fantasmas personales y pruritos profesionales del observador y a los intereses más o menos subrepticios del colectivo académico en pro de, B.O.E. mediante, su oficial reproducción académica. Y la del sistema que representa. - Tiró de nuevo de mi brazo y volvimos a situarnos en el borde del farallón, avistando de nuevo la aldea. – Hace falta poder ver al Otro, tocarlo, escucharlo, sentirlo, vivirlo, andar con sus propios mocasines, como aconseja el proverbio sioux, vernos a nosotros mismos con su propia mirada, para poder comprendernos y comprenderlo. Alejandro, ningún Yo genuino es posible sin un Otro auténtico que le dé sentido.

- ¡Pues entonces tu jodida paradoja no tiene solución! – le grité al verme de nuevo enredado en la red, girándome con tal ímpetu que perdí el equilibrio y a pique estuve de caer al vacío, de no ser porque Joaquín me agarró a tiempo de una mano y me sujetó, mientras yo me cogía con la otra a un saliente de la pared y hacía tijeretas con los pies buscando un apoyo que, por fin, pude encontrar. Sin soltarme la mano, Joaquín se me quedó mirando con una amplia sonrisa complaciente y, guiñando un ojo, dijo:

- Enhorabuena, Alejandro.

Aquella noche, tumbados los dos *aux belles étoiles* sobre nuestras colchonetas en el techado de la casa mientras cogíamos el sueño, le expuse el desasosiego que me producía asumir que la salida de la paradoja antropológica era que, tal y como estaba planteada, no tenía solución.

- Ahora comprendo que dejaras la Antropología y te hayas dedicado al turismo. – dije.

- No te equivoques, Alejandro, yo he abandonado la academia, no la antropología. Lo del turismo es una manera de vivir de ella, como puede serlo subirse a una tarima para impartir clases en una universidad. Oficios, al fin y al cabo.

- Pues me vas a perdonar, pero me parece una incoherencia por tu parte decir que haces antropología sin haber resuelto la paradoja.

- También se hace antropología tratando de resolverla. Pero ¿quién te ha dicho que no la haya resuelto?

- ¡Joder, tío, pues ya me dirás!

- Ya te lo he dicho, pon atención a la Casa de la palabra.

Pasaban los días y llegué a sentirme como el practicante zen al que su maestro le ha asignado un *koan* para que, en la práctica de la meditación, le encuentre una solución, que, siendo racionalmente imposible, a fuerza de frustrados intentos, lo lleve a romper con la lógica del lenguaje y culmine con el estallido del despertar, el *satori*: entonces y sólo entonces el discípulo podrá comprender la verdadera naturaleza de las cosas. Pero, por más vueltas que le daba a mi *koan*, por más que me arriesgaba a romperme la crisma saltando de piedra en piedra en ascendente y descendente ejercicio de vigilancia epistemológica, una y otra vez acababa perdiendo de vista al Otro y teniendo que regresar a él, para darme de bruces con el desesperante 'sé tú mismo, a condición de que lo seas como yo te pienso'. Y así continué día tras día, mañana, tarde y durante mis desvelos nocturnos, a tal punto que llegó a convertirse en una obsesión que comprometía seriamente mi idea de hacer trabajo de campo entre los malinke.

No fue, sin embargo, resultado de un sofisticado ejercicio de elucubración racional, ni tampoco la consecuencia de un abrupto despertar, como resolví la paradoja antropológica. Sucedió de forma espontánea, sentado sobre mi roca vigía mientras me dejaba llevar por el lento discurrir de la vida de la aldea, en un momento en el que debió conjugarse el cúmulo de emociones y de pensamientos que se van gestando en el fluir de la experiencia, de una experiencia reciente y reconocible, pero también larga y profunda, que va más allá, mucho más allá de los límites de racionalidad con los que ilusamente creemos confinarla y controlarla, desconociendo o no queriendo reconocer que la fórmula base del conocimiento no responde sólo a las leyes de la racionalidad, sino también, y puede que sobre todo, de las emociones.

Miraba distraído a la Toguna, donde esa tarde había más concurrentes de lo habitual: tres ingenieros chinos en viaje de negocios a Bamako, que se habían tomado unos días para visitar el país dogón, un australiano que recorría el continente africano en bicicleta, la pareja de españoles con sus dos preciosas hijas adolescentes, el hogón, Joaquín y tres ancianos del poblado que andaban metidos en sus juegos. Escuchaba distraído el decurso de sus conversaciones, ya en francés, inglés, español, chino o en lengua dogón, en medio de un silencio apenas roto por el rítmico golpear de las mujeres moliendo el mijo, el cacarear de las gallinas, el esporádico balido de las cabras.

Observo a Joaquín sentado en el suelo, con la espalda apoyada en uno de los pilares, en silencio, mediando, interpretando, conciliando, participando como uno más de los concurrentes, y entonces empiezo a comprender por qué me insistía en que prestara atención a la Casa de la palabra dogón. La observo y ahora veo en ella una preciosa metáfora de la Antropología y en la Antropología una posible y deseable Casa de la dialogía, en la que el antropólogo se relaciona con sus Otros no con el propósito último de responder a sus propias preguntas, sino de procurar el diálogo entre los diversos Yos que concurren en ella para, entre todos, formular nuevas preguntas y, entre todos, buscar respuestas que sirvan para el mutuo entendimiento y así crear un inédito Yo plural y diverso, dispuesto a entablar renovados diálogos. Concluí que en esa antropológica Casa de la dialogía, el Yo disciplinar no tiene que pensar al Otro a su imagen y conveniencia para reafirmarse a sí mismo, ni mucho menos negarlo, porque es consciente de que ningún yo real tiene sentido sin un otro igualmente real que se lo dé, un otro genuino y necesario que le permita convertir el paradójico “sé tú mismo, a condición de que lo seas como yo te pienso”, en un “sé tú mismo, porque solo así también podré serlo yo”.